

LAS IDEOLOGÍAS

por

CARLOS COSSIO

Hablar de ideologías en nuestro mundo es poner el dedo en una de sus máximas preocupaciones intelectuales. También es ponerlo en una de sus llagas, por el movimiento de bumerang que el análisis ideológico implica, sobre todo si se lo conecta con el aparato técnico de comunicación de masas que define a la sociedad de este momento. Y para comprender el temple que le adviene al hombre de nuestra época cuando escucha la palabra "ideología" basta pensar que hoy referimos la palabra a uno de los descubrimientos más llamativos de Carlos Marx, incitado a ello por una genial intuición política del entonces primer cónsul Napoleón Bonaparte. Por todo esto no carece de interés esclarecerle su entraña significativa en estas Jornadas filosóficas destinadas a reflexionar sobre "Aislamiento y Comunicación".

La palabra nació con su significado etimológico, esto es "conocimiento de las ideas", en la época de la Revolución Francesa. Con ella el filósofo Destutt de Tracy bautizó su propia escuela, pensando, entre otras cosas, que la metafísica podía ser sustituida mediante la búsqueda del origen psicológico de las ideas generales. Resonaba en esto la tradición materialista del viejo Condillac. Pero la verdad es que los discípulos de Destutt de Tracy se multiplicaron vertiginosamente y alcanzaron un volumen político considerable: en la Asamblea de los Quinientos tenían casi 200 diputados y en la sección de Humanidades del Instituto de Francia, que regía el sistema educacional de la Revolución,



dominaban pedagógicamente en forma absoluta y aplastante.

En esa coyuntura se produjo un episodio extraordinario. El primer cónsul, buscando apoyo para sus ambiciones imperiales, entró en contacto con los filósofos de la Ideología, todos republicanos y buenos hijos de la Gran Revolución. La alianza fue rechazada de plano. Y Bonaparte, indignado y genial, les devolvió el golpe tachándolos despreciativamente con la misma designación con que como filósofos ellos se definían: los llamó "ideólogos" en un sentido peyorativo. La palabra adquirió así, de golpe, una significación hasta ese momento desconocida; precisamente la significación que hoy se le dispensa con universal vigencia, pues al usarla algo había descubierto a través de ella la intuición política del futuro emperador. Mannheim, comentando el episodio, destaca con acierto que la actitud despreciativa contenida en el marbete napoleónico de "ideólogos" es, "en el fondo, de naturaleza epistemológica y ontológica porque lo que se desprecia es la validez del pensamiento del adversario, en cuanto que se lo juzga apartado de la realidad, apartado de la práctica".

Así quedó implantada la palabra en el mundo venidero, con esta referencia a la experiencia política que es vivida en común por la gente, pero limitada a quienes están en las nubes con el pensamiento respecto de tal experiencia. Y así permaneció el vocablo por más de cuarenta años, ganando evidencia por el mero uso que de él exitosamente se hacía, hasta que a Carlos Marx le tocó la curiosidad filosófica de averiguar qué alcance profundo tenía ese "estar en las nubes" respecto de la experiencia política y a qué se debía tan extraño fenómeno de conciencia falsa. El resultado fue su teoría de las ideologías que hoy, como sociología del conocimiento y también como algo más, se estudia con azoramiento en todos los centros intelectuales del planeta.

En síntesis, la teoría marxista de las ideologías destaca que las ideas de la clase dominante son también, en cada época, las ideas dominantes; éstas siempre corresponden a

las ideas de la clase dominante. Sobre esta base resultaría que la dominación de la clase dominante encuentra expresión en el campo intelectual, pues todo lo que se dice bajo formas teóricas —esto es, como si una verdad estuviera siendo intencionada— referente al derecho, a la política, a la moral, a la religión, al arte, a la educación, a la historia y a la filosofía, no sería en rigor teoría de nada, sino sólo el enmascaramiento de aquella relación de dominación clasista, en la medida en que a la relación de dominación se la hace aparecer concordando con la presunta teoría y como si a ésta una verdad la confirmase en ello. Cuando hay una relación inmediata entre la idea que dice algo y el fenómeno acerca del cual algo se dice, como ocurre en las ciencias de la Naturaleza, cabe hacer teorías intencionando una verdad porque está a la mano la posibilidad de confirmar o desautorizar la teoría. Pero cuando aquella relación entre la idea y el fenómeno es apenas mediata, como ocurre en las ciencias que pretenden serlo de asuntos humanos, no existe esta posibilidad de verificación y no habría teoría ni verdad de por medio, aunque así lo creyere una conciencia falsa bajo la sugestión de lo que efectivamente sucede en las ciencias de la Naturaleza. Tal sería la ideología por su origen y por su función. La ideología se disfraza con la verdad porque se presenta con su lenguaje y con su actitud intencional, aunque de hecho sólo es la defensa enmascarada de los intereses de la clase dominante en el plano intelectual, porque estos intereses, no estando confesados ni tematizados por el ideólogo, quedan defendidos de hecho por la ideología en la medida en que ellos resultan concordantes con aquella verdad imaginaria o aparecen como consecuencia de ella.

La teoría marxista de las ideologías, con todo, tiene un punto por donde sucumbe; de ahí que se la intuya como excesiva a pesar de la comprobada utilidad que ha demostrado para el análisis sociológico. Pues, en efecto, de acuerdo con los términos de su propia enunciación, la filosofía marxista también habría de ser una ideología. Es decir, que

la filosofía marxista tendría tan poco que ver con la verdad como cualquier otra filosofía. En tal caso, claro está, la teoría marxista de las ideologías habría terminado devorándose a sí misma.

Sin entrar a recordar la explicable polémica que esta paradoja ha provocado, basta tener presente que con el deseo o el pretexto de perfeccionar y profundizar la idea marxista de "ideología" pululan hoy los ensayos pertinentes; y que cualquiera sea la legitimidad científica de los mismos —todos en algún grado tributarios de aquella idea— cabe subrayar, sin embargo, que la frondosidad de los intentos verbales está ya operando como una cortina de humo sobre el planteamiento de origen, haciendo olvidar lo que se quiso poner a luz en aquel momento. En tal sentido, cada cual hoy podría entender por ideología lo que se le ocurriera, en cuanto que a través de aquella proliferación verbal se llega a pensar que "ideología" es un sinónimo de "ideario", no faltando quienes en la ideología ven simplemente el bagaje intelectual de un hombre en la acción.

En este oscurecimiento del planteamiento marxista podría haber, a su vez —y es muy sospechoso que así sea—, también un proceso ideológico, ya que una excelente manera de ocultar un problema es llevarlo al olvido mediante el recurso de hacer muy difícil o imposible su tematización por la equivocidad consubstancial que se hubiere introducido en el lenguaje, reproduciendo el apólogo de la torre de Babel. En tal sentido es obvio que quienes ven en la ideología simplemente el bagaje intelectual de un hombre en la acción ya no perciben el problema en la cuestión.

En esta situación resulta justificado intentar la salvación de la teoría de las ideologías en la medida en que ella ha acreditado ser un indispensable instrumento de análisis social. Y para ello, en vista de la referida situación y de la apuntada sospecha, parece lo mejor reconducir el problema a su postura de origen, cuando Marx lo promueve, habilitándolo o rehabilitándolo a partir de allí con cautela pero con autenticidad; es decir, por un lado, eludiendo toda

construcción teórica que lo implante sobre un fundamento simplemente construido; por otro, en contacto permanente con la razón de ser que lo hizo visible como problema por su verdad. Con este propósito yo mismo he intervenido en el debate destinado a reflatar la idea marxista de ideología en forma tal que, sin perder el hilo conductor que ella nos ha dado, pueda ella coexistir con una idea afirmativa de ciencia para las que pretenden serlo de los asuntos humanos. Podríamos así caracterizar la ideología con cuatro rasgos. El primero de estos rasgos, que es el que puede tener más interés para la revisión filosófica del problema *aún sin ser el eje de la cuestión*, constituye mi propia enmienda a la noción marxista de radicación napoleónica. El último de estos rasgos está implícito, a mi juicio, en la idea de Marx, aunque resalta inexcusable recién con el advenimiento de nuestra sociedad de masas en cuanto que los modernos medios de comunicación de masas son elementos esenciales de semejante sociedad.

Estos cuatro rasgos definitorios son:

1) La ideología —piénsese, por ejemplo, en una ideología jurídica cualquiera¹— no tiene su causa, claro está, en una carencia de base ontológica relativa a lo que mienta su expresión teórica, pero sí está condicionada por semejante carencia. En habiendo una base ontológica, no hay ya lugar para la ideología; pero faltando esta base —por expresa o tácita renuncia o por desacierto óntico de ella, es lo mismo para el caso—, la ideología tiene abierta en ello su posibilidad. La base ontológica significa que todo el desarrollo teórico se sustenta en un fenómeno cuyo ser constituye el ámbito regional del que se está hablando, por lo cual ese ser puede ser exhibido por explicitación a cualquier altura del desarrollo, a la vez que está suministrando a éste su supremo principio material. La ideología habla de algo, claro está; pero aquello de que habla, no siendo un hecho, no puede concurrir a verificarla; y no conteniéndose ella, por eso mismo es un hecho, tampoco contiene su explicitación por exhibición. Aquello de lo cual la ideología habla

resulta ser una mera construcción conceptual, la que, por lo tanto, como teoría, se sustentaría en un puro discurso. Y aquí cabe subrayar que todo discurso no matemático, en sí mismo carece de suficiente fuerza de convicción como ciencia.

2) La ideología, radicándose en un vacío ontológico, está allí con holgura, es decir, que allí mismo caben a la par varias expresiones ideológicas de la misma cosa que perfectamente pueden discrepar por lo que hablan —algo así como una lucha meramente teórica entre ellas—, aunque en su elemento latente —eso que las lleva a hablar— todas concuerden. Esta holgura ontológica permite que la ideología sea una forma de ocultación, ya que esa holgura consiente una discrepancia temática y una concordancia funcional o militante. La discrepancia temática se explica como conciencia falsa, puesto que los discursos ideológicos no hablan de lo que hablan, o sea que no tratan de lo que expresan porque, en rigor, nada tienen para describir careciendo, como carecen, de verificación por falta de un objeto de conocimiento correspondiente a la expresión. En cambio, lo que los lleva a hablar, que es lo que origina esos discursos; lo que ellos presuponen y lo que queda encubierto, siendo algo común a todas esas expresiones ideológicas afines, asegura una concordancia funcional de ellas en la medida en que todas estuvieren al servicio de lo mismo.

3) La ideología se origina en los intereses de dominación de algún grupo de poder y corresponde a la necesidad de defender estos intereses en el plano intelectual cuando ellos son atacados. Si el ataque se presenta por las vías de hecho, la ideología despierta una conciencia en contra; si el ataque es teórico, la ideología es, además, una respuesta. La ideología siempre favorece políticamente a alguien como grupo de poder y son los intereses de dominación de este grupo, como factor latente, los que la promueven; los cuales intereses, mientras no se hable de ellos al no estar tematizados, quedan enmascarados por aquello de que la ideología habla y, por lo tanto, defendidos por esa oculta-

ción, que es el papel positivo que el conexo discurso cumple.

4) Hasta aquí la ideología no ha pasado, por sus rasgos, del nivel que corresponde a lo que en ella el ideólogo pone como pensamiento ideológico. A este nivel, esta racionalización todavía es una abstracción; tenemos que integrarla con la dimensión social que le da el grupo beneficiario por participación activa. Para no ser una cosa larvada dentro del mundillo biográfico de un individuo (o de algunos individuos); para llegar a ser plenamente una ideología, es decir, la defensa positiva, por su fuerza efectiva, de los intereses sociales que la comprometen, la ideología tiene que estar políticamente apoyada como una verdad oficial de su grupo o, por lo menos, como un prestigio oficial del mismo. Esto significa principalmente que ha de tener a su disposición el aparato publicitario de la sociedad, en lo que éste estuviere controlado por aquel grupo; y ello explica la aparición tanto de la publicidad oficial disconformista (periódicos representativos de derecha o izquierda, promoción de catedráticos sin autoridad pero adictos, congresos políticos, manifiestos proselitistas, etc.) como de la lucha por la hegemonía publicitaria. Sin el aparato publicitario en sus manos la ideología no podría alcanzar la eficacia polémica que ella requiere en una sociedad de masas para ser un obstáculo social, ni estaría en buenas condiciones de lucha para contrarrestar la crítica intelectual fundada en la verdad. En gran medida la eficacia de una ideología depende, hoy, de poder llegar a la opinión popular; y su *desideratum* estaría en ganar la opinión pública. Para ambas cosas, pero sobre todo para lo primero, la posesión del aparato publicitario (periodismo, cine, radio, televisión) es importante. Y más que importante.

La opinión pública siempre, en algún grado, puede defenderse organizando la técnica de los rumores y adiestrándose en la lectura de las entrelíneas², sea por referencia a lo que un amigo quiere decir, sea por referencia a lo que un enemigo quiere ocultar; pero la opinión popular está indefensa frente a la publicidad. De cualquier manera,

la posesión del aparato publicitario en una sociedad de masas es algo importante. Y más que importante.

¹ He aquí, para elegir, algunos ejemplos con cuya intuición la inteligencia del texto resulta muy sencilla:

La doctrina que se hace cargo del problema jurídico de la esclavitud suponiendo que el esclavo no es sujeto del Derecho, sino cosa.

La doctrina que admite la personalidad jurídica de una imagen sacra (la Virgen de las Mercedes, generala del Ejército del Norte), de un animal (*Incitato*, el caballo de Calígula, exaltado a sacerdote y cónsul por un famoso rescripto imperial) o incluso de un número (1891, en el famoso ejemplo de Kohler y Ferrara).

La tesis clásica que defendía la libre contratación dentro de una economía de mercado, mediante la idea de corresponder ello a un orden natural similar al que expresaban las leyes del mundo físico.

La tesis más contemporánea que defiende la libre contratación también dentro de una economía de mercado, mediante la idea de estar defendiendo así la libertad del ser humano.

La doctrina técnica de que las personas jurídicas colectivas (sociedades, asociaciones o fundaciones) no pueden cometer delitos de carácter criminal.

La doctrina del origen divino de la monarquía absoluta.

² Para la distinción entre opinión pública y opinión popular, ver Carlos Cossio, *La Opinión Pública*, págs. 21 a 42 (Buenos Aires, 1958, ed. Losada S.A.). Para el papel básico de los rumores y de las entre-líneas, ver también Carlos Cossio, obra citada, págs. 60 a 64, así como la rica sugerencia de C. Wright Mills, en *Poder, Política, Pueblo*, págs. 175 a 176 (México, 1964, Fondo de Cultura Económica).